

¿Qué es el montañismo?

Mucho se ha escrito y más se ha dicho y comentado sobre el montañismo. Es difícil, por no decir imposible, dar una definición de qué es el montañismo. Y es difícil porque el montañismo se capta, se siente, se percibe, pero no se encuadra en unas líneas, frases, o palabras. J. Ramsey U., autor de numerosos libros sobre montañismo, alguno de los cuales ha pasado a la cinta de plata, dice que el montañismo es algo así como enamorarse, oír una sinfonía, ver una puesta de sol. En mi criterio es lo más acertado que he leído.

El montañista es un superviviente de la era romántica, él no busca el aplauso, nadie sabe más que él que lo experimenta y sus compañeros, los momentos de peligro que vivió sobre la pared de roca, el riesgo de hielo, la ruta inexplorada, el cruce peligroso. Nadie más que él conoce los esfuerzos que tuvo que desarrollar para alcanzar la meta, el embate de la ventisca, la lucha contra la altura, el dominio sobre su cuerpo y su voluntad que le pedían efectuar lo que Luis Trenker llamó la «huida del valle». Cuando asienta sus botas estoperoladas en la planicie terminal de nieve, en la aguja de roca, no hay público que lo aplauda, no hay espectadores que lo animen. Únicamente un abrazo íntimo y estrecho con los hermanos, que sumando sus conocimientos, su técnica y su valor, hicieron posible el éxito de la cordada.

Y después el regreso a la ciudad. El comentario irónico, la risa de los ciudadanos que pasaron su domingo sudando en el cine o bailando con ritmos epilépticos. Otras veces la incredulidad de sus propios compañeros, incredulidad que al fin y al cabo no es más que la expresión de una recóndita envidia.

Pero él, el montañista, regresa feliz, sabe de lo que es capaz y de lo que llevó

a cabo. Como dice una vieja canción montañera «... la sierra conoce nuestros pasos y los aires nuestro cantar...». ¿Qué es entonces esa extraña atracción que nos hace levantarnos en la madrugada de nuestro día de descanso, cargando una pesada mochila con los implementos propios de nuestro deporte y salir a enfrentar la naturaleza? ¿Salimos a vencer a un enemigo? ¡No! Como dijo George L. Mallory, desaparecido tratando de conquistar el techo del mundo, «nos vencemos a nosotros mismos», ¡magnífica filosofía! Y cuando le preguntaron al mismo hombre de ciencia y montañista por qué quería subir al monte Everest, que había acabado por convertirse en la obsesión de su vida, dió una espléndida contestación, «porque está ahí».

Esa es la verdadera razón del montañismo, el triunfo sobre nosotros mismos, sobre el temor que nos pueda inspirar el excesivo apego a nuestra rutinaria existencia.

El deporte de montaña ha tenido a través de su corta, rápida y alucinante historia brillantísimos exponentes, hombres de ciencia, artistas, literatos, reyes, profesionistas lo han practicado y lo siguen practicando.

Solo un espíritu que tenga la rudeza del acero y la sensibilidad de la seda, podrá compenetrarse del montañismo. Las dificultades que presenta son muchas, pero la recompensa material y moral es mayor.

Es el montañismo el último baluarte de la amistad sincera, del gesto altruista, que nos lleva a arriesgar la vida por salvar o ayudar al compañero en peligro, es el montañismo el motor que nos hace conocer nuestro mundo. Es en suma, en mi modesto criterio, deporte de reyes y rey de los deportes.

A. V.